2ºS.CUARESMA. EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 9,1-9.

En aquel tiempo Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo.
Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús:
-Maestro. ¡Qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.
Estaban asustados y no sabía lo que decía.
Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube:
-Este es mi Hijo amado; escuchadlo.
De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos.
Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.
Esto se les quedó grabado y discutían qué querría decir aquello de resucitar de entre los muertos.

TRANSFIGURADOS POR CRISTO

Hoy el Evangelio nos presenta el acontecimiento de la *«Transfiguración»*. Es la segunda etapa del camino cuaresmal. La primera, las tentaciones en el desierto, el domingo pasado. La segunda: la Transfiguración. Dice el Evangelio de hoy que *«Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta y se transfiguró delante de ellos»*.

La montaña en la Biblia representa el lugar de la *«cercanía con Dios y del encuentro íntimo con Él».* Es el sitio de la *«oración»*, el sitio para estar en presencia del Señor. Allí arriba, en el monte, *«Jesús se muestra a los tres discípulos transfigurado»*. Luego aparecen Moisés y Elías que conversan con Él. Su rostro estaba tan resplandeciente y sus vestiduras tan deslumbrantes que Pedro queda alucinado. Tanto es así que propone quedarse allí como en un intento de parar el tiempo, de retener el momento.

Pero inmediatamente resuena desde lo alto la voz del Padre que proclama a Jesús como su Hijo predilecto, diciendo: *«Escuchadlo».* Nuestro Padre Dios dice a los apóstoles y nos dice a nosotros, a todos: *«Escuchad a Jesús, porque es mi Hijo predilecto»*. Escuchar a Jesús, escuchar su Palabra escrita en el *«Evangelio»*, es muy importante para ir adelante por el camino de la *«Cuaresma»*. Es algo a no olvidar, a tener siempre presente.

Tanto es así que el Papa Francisco nos propone *«llevar en el bolsillo un pequeño Evangelio»* y leer un breve pasaje en cualquier momento del día. Hoy esto es especialmente sencillo con los móviles. Quien más quien menos tenemos nuestro teléfono móvil que, entre otras muchísimas cosas, tiene cabida sobrada para disponer del *«Evangelio de cada día»*. Siempre el Evangelio con nosotros, porque es la *«Palabra de Jesús»* para poder escucharle.

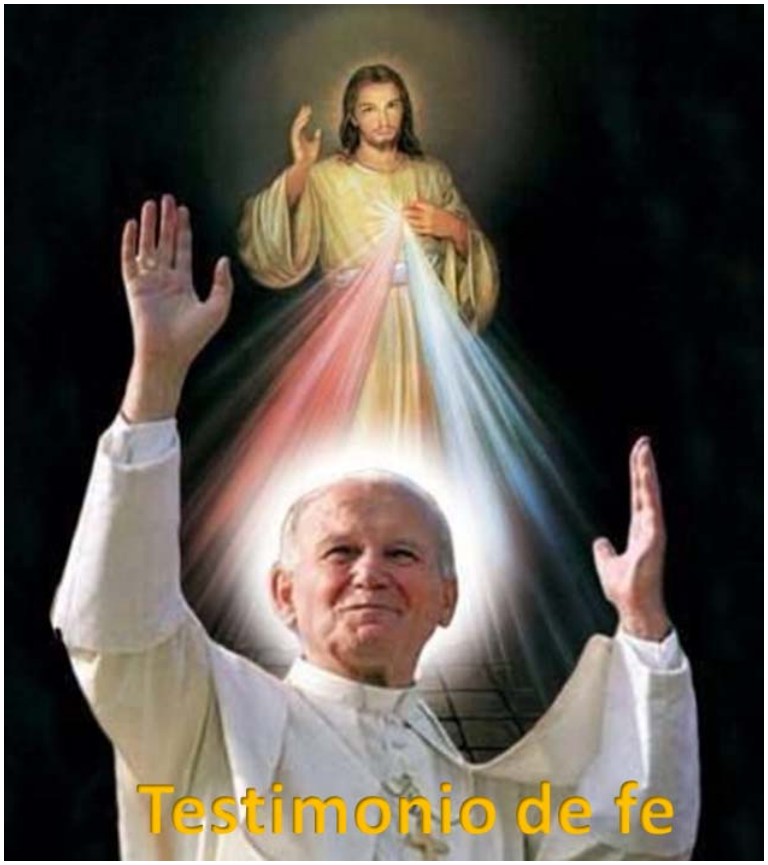
El episodio de la Transfiguración nos invita a confrontar dos aspectos de la vida ordinaria. Por un lado, está el *«subir a la montaña»*, buscar ese espacio de silencio, para encontrarnos a nosotros mismos, *«para percibir mejor la voz del Señor»*, algo que hacemos en la *«oración»*.

Pero, sin embargo, no podemos permanecer allí, en la montaña, como proponía Pedro: *«Hagamos tres tiendas para siempre»*. ¡Qué difícil es bajar de las alturas, bajar de las certezas, de las seguridades!

El que ha estado en la montaña, el que ha admirado panoramas espléndidos, trata de rehuir la oscuridad del valle. No quiere conciliarse con el tráfico, con el asfalto, con el rumor de la vida ordinaria. El corazón se le estrecha y acongoja. ¡Pero qué mal se está aquí, Dios mío, respirando vulgaridad y mentira! Y vivimos arriba, más que en el asfalto. Y suplicamos otra vez, ¡qué mal se está aquí, Señor! Volvamos a la cima.

Pero no, es urgente bajar. Hay que reconciliarse con las personas. La fe cristiana es mucho más que subir. El encuentro con Dios en la oración *«nos impulsa a bajar de la montaña»* y volver a la llanura, a la vida cotidiana donde encontramos a tantos hermanos afligidos por fatigas, enfermedades, injusticias, ignorancias, pobreza material y espiritual.

Y a estos hermanos nuestros que atraviesan dificultades, estamos llamados a *«llevarles los frutos de esa experiencia que hemos tenido con Dios»*, compartiendo la gracia recibida. Resulta curioso, dice el papa Francisco, que cuando escuchamos la Palabra de Jesús y la llevamos en el corazón, *«esa Palabra crece»*. Pero ¿cómo crece? Pues, *«¡dándola al otro!»* La Palabra de Jesús crece en nosotros *«cuando la proclamamos, cuando la damos a los demás»*.



Y ésta es la vida cristiana, la Transfiguración del Tabor, *«mostrar el rostro de Dios a todas las personas»*. Es una misión para toda la Iglesia, para todos los bautizados, para todos nosotros: *«escuchar a Jesús y darlo a los demás»*.

Tenemos que *«aprender a hablar con el triste, con el solo, con el que tiene las manos manchadas»*.

Tenemos que *«aprender a vencer esa repulsión natural hacia lo feo y lo vulgar»*.

Tenemos que *«aprender a transitar los caminos de la tierra con amor»*, como San Francisco.

Tenemos que *«hacer lo imposible»* para que el Tabor baje al valle, para que hunda en el valle sus raíces, sin apagar nunca el recuerdo de esa luz de arriba, reconfortante y segura. Y todo ello a sabiendas de que *«la vida cristiana no es comodidad, sino tensión»*. *«No es seguridad, sino riesgo»*. *«No es evasión, sino cruz»*.

Este Evangelio del Tabor es una invitación a vivir entregados a Dios y comprometidos con los demás. El testimonio de nuestra fe vivida puede ser una *«transparencia eficaz»* para los demás. El resplandor de nuestra vida puede ser una *«comunicación de fe»* para otros. Pidamos, pues, al Señor que *«nos guíe»* para continuar con fe y generosidad todos los días de nuestra vida y en especial en este tiempo de Cuaresma, aprendiendo un poco más a *«subir con la oración y escuchar a Jesús»* y a *«bajar con la caridad fraterna, anunciando a Jesús»*. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
28 de febrero de 2021